

Cuadernos del Sur

Número 17



Mayo de 1994

Tierra  fuego
del

toni negri
jean marie vincent

Por un nuevo modelo de representación política*

Estamos confrontados a una crisis profunda de la representación política. Los medios de comunicación de masas lo deploran, la discusión está abierta, pero generalmente es confusa. Cuando se proclama con fuerza que el capitalismo ha vencido, que el horizonte del futuro está ya marcado, de forma decisiva, con el sello exclusivo de la pareja "democracia-mercado", esta crisis es un mal augurio. Dado que el concepto de representación es consustancial al de democracia, y que la noción de democracia constitucional es inseparable de un concepto de representación política completamente particular y muy delicado, la crisis se presenta como un elefante en una tienda de porcelanas. ¿En qué consiste esta crisis? ¿A qué remite desde el punto de vista institucional, político, social? Si como creemos esta crisis es profunda, ¿cómo es posible superarla y volver a articular democracia y mercado, en torno a un nuevo concepto de representación.

1 La crisis del estado del bienestar y la crisis de la representación política.

Ante todo, hay que acabar con las ilusiones de quienes creían que la crisis del Estado del Bienestar tan insistentemente esperada y que ha acabado por manifestarse durante los últimos veinte años, no tendría ninguna incidencia

en el concepto de representación política. El famoso informe de la Trilateral de 1978 sobre los “límites de la democracia” ya lo había subrayado. De hecho el consenso político de los Estados capitalistas desarrollados, establecido por el Estado del Bienestar, se basaba en una hábil conjunción entre fordismo y keynesianismo: salario indirecto creciente, transformación progresiva del salario en renta. El capital se había hecho reformista, Bernstein triunfaba. En esta situación, la confrontación política tenía lugar sobre los proyectos de administración del Estado del Bienestar, la representación política se apoyaba en una “lealtad de masas” probada hacia el sistema: en consecuencia, el debate político y los proyectos de sociedad alrededor de los que se organizaba, ellos mismos función de los límites y de las formas del Estado del Bienestar. Ciertamente, la participación de las masas estaba subordinada a los grandes objetivos del crecimiento económico que eran cualitativamente determinados por el sistema, pero esta participación no dejaba de ser por ello menos efectiva. El diálogo social se insertaba en el contexto de un consenso bastante sustancial. En este marco, la función de los sindicatos se convertía en algo esencial: el conflicto conllevaba el desarrollo. Mercado, conflicto y democracia podían así perfectamente convivir. Fue a partir de los años '70 cuando empezó la crisis del Estado del Bienestar. las razones de la crisis sólo nos interesan aquí marginalmente: presión de las luchas obreras, revoluciones victoriosas en los países del tercer mundo, choque petrolero, crítica de la calidad del desarrollo, etc. Lo que nos interesa sobre todo, son sus efectos: predominancia de las políticas monetaristas sobre las políticas keynesianas, fin del Estado generoso, crisis de las planificaciones nacionales, reducción de las políticas de planificación y de las políticas de intervención en las infraestructuras, evaluación puramente económica de los objetivos, etc...

En este marco, el tipo de representación política que se había instituido y cristalizado en el Estado del Bienestar entra en crisis, y no es una crisis coyuntural. Si el Estado del Bienestar no es ya la forma del desarrollo económico, si sus elementos (que, en todo caso, subsisten) están cada vez más marcados por la inercia, si el Estado aparece cada vez más como un Estado gestionario, si las presiones monetaristas del mercado internacional son cada vez más fuertes, la propia confrontación política está muy afectada por estas tendencias dominantes. Las presiones exteriores imponen al poder del Estado la exclusión del juego político, de una forma y otra, a todos lo que no aceptan plegarse a sus mandatos. Ciertamente, esta crisis no es lineal, pues hay variaciones nacionales que no son en absoluto despreciables, y un examen comparativo concluiría en la existencia de experiencias relativamente diferenciadas. En efecto, no se practica en todas partes con el mismo vigor la ortodoxia monetarista. El dogma de la reducción, incluso de la supresión de

los déficits presupuestarios es, muy a menudo, burlado mediante prácticas de extraer gastos públicos del Presupuesto. Se puede así constatar que la unificación alemana da lugar a una política keynesiana de gran amplitud (inyección de miles de millones de marcos en la economía de la RDA) que no quiere declararse abiertamente y se basa, esencialmente, en la gestión por organismos paraestatales de préstamos considerables realizados en los mercados financieros.

Pero si las cosas no evolucionan de forma lineal, latendencia a poner en cuestión el compromiso histórico que constitúa el Estado del Bienestar es real, lo que produce cambios profundos en las bases de la vida política. El consenso obtenido a partir de políticas sociales en constante progresión, como en los años sesenta y setenta, está cuestionado en todas partes, de forma abierta o encubierta, y el campo de la política se encuentra reducido, lo que hace que la confrontación política no pueda ya darse sobre la amplitud y las condiciones de la redistribución social. A partir de ahora, los gobiernos se esfuerzan sobre todo en desactivar o en desviar las reivindicaciones sociales e intentan producir efectos de consenso a partir de llamamientos al orden "realistas" (hay que tener en cuenta la competencia internacional, hay que luchar contra la inflación, etc.) La vida política se encuentra por ello, en gran medida, neutralizada, vaciada del contenido positivo que podían tener en el apogeo de los Estados del Bienestar.

2. Crisis de los partidos y búsqueda de nuevas identidades.

El concepto moderno de representación política había sido profundamente modificado por la inserción del sistema de los partidos en la vida política. Este sistema se organizaba según un doble movimiento: uno de enraizamiento de los partidos en la participación de masas y un movimiento que se orientaba hacia el concurso de los propios partidos en la definición de la orientación política. La representación política y sus funciones de mediación social de masas, de toma de compromisos, se convertía en el principal trabajo de los partidos. La crisis actual de la representación política es pues, inmediatamente, una crisis de los partidos. En el Estado de gestión su capacidad de mediación está en gran parte mitigada: en consecuencia se ve afectada su capacidad de enraizamiento en las masas.

¿Por qué ocurre esto? Porque los partidos han interiorizado completamente la crisis del Estado del Bienestar. En una situación bloqueada, los partidos de izquierda, socialistas y comunistas, sólo han conseguido producir improbables programas de extensión del Estado de Bienestar, que no podían ser más que puras mistificaciones, ilusiones rápidamente desmitificadas por su primer impacto con la práctica. La crisis del gobierno socialista francés de 1983 es un ejemplo llamativo, completamente clásico, de esta insuficiencia radical de reflexión y de imaginación políticas. Para los

partidos, los de la izquierda en primer lugar, la crisis del Estado del Bienestar se convierte en el signo de su incapacidad estructural para inventar un nuevo modelo de participación y de representación. Hoy, en efecto, es imposible imaginar nuevas formas de representación y de gobierno si no se es capaz de trabajar en un proyecto de transformación social. Si planteamos la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las innovaciones de la sociedad civil que inducen a cambios sociales positivos y permiten la construcción de un nuevo espacio político? , no se encuentra respuesta en la izquierda. Incluso la capacidad de entrar en contacto con los movimientos sociales, de desarrollar hacia ellos actitudes de mediación política, drepresentarles generalizando sus aspectos más innovadores, está al nivel cero. Todos los movimientos sociales de los últimos decenios se han desarrollado, en gran medida, al margen de los partidos de izquierda, es decir al margen de toda forma de mediación institucional de la que los partidos pretendían ser los portadores. En consecuencia, el carácter cílico de los movimientos sociales demuestra menos su discontinuidad (que es evidente), que la incapacidad de los partidos de hacerlos aptos para producir innovaciones institucionales. También los comportamientos electorales tienden en consecuencia a convertirse en algo aleatorio, móvil, incluso a deslizarse hacia la indiferencia. A través de estos movimientos o comportamientos electorales, se está produciendo hoy una puesta en cuestión en ascenso de las instituciones: la ausencia, la deserción, la abstención se convierten precisamente en comportamientos de masas. De vez en cuando, se manifiesta un voto de protesta contra la izquierda parlamentaria : el voto " verde" expresa a menudo esta reacción. Reacción que expresa una fuerte aspiración a nuevas alternativas en materia de calidad del desarrollo y una aspiración no menos fuerte a nuevos marcos de participación y de movilización de masas.

Pero estas aspiraciones no pueden ser satisfechas en el marco actual, pues están confrontadas a fuerzas políticas completamente prisioneras de los métodos restrictivos de los poderes existentes. Del lado de la derecha, las cosas no van naturalmente mejor puesto que ésta no intenta ni elevar el nivel de participación, ni cambiar los modos de expresión, pero es indudablemente más peligrosa por las involuciones que puede favorecer. En ese sector, en efecto, la protesta tiene a tomar consistencia sobre nuevos proyectos de identidad. En ausencia de cualquier aspiración positiva a una transformación de la situación, la protesta tiende a resumirse en la búsqueda de enemigos. No es necesario referirse a la ideología nacional-socialista, ni conocerla a fondo para comprender lo que está produciéndose en los sectores de la sociedad dominados por las ideologías de derechas: la defensa exacerbada de la idea de nación corresponde, en realidad, a que está en crisis; la reivindicación de una solidaridad natural mítica y agresiva hacia los demás corresponde a la disolución de la idea misma de solidaridad. En todos los

casos, las crisis de identidad y las reacciones que le siguen.están ligadas a la crisis del Estado del Bienestar, a la incapacidad de los partidos para proponer un nuevo esquema de participación y de representación correspondiente a las mutaciones sociales que se están produciendo, a su incapacidad también para prolongar estas mutaciones para darles efectos positivos.

La superposición del "espacio político" a la "sociedad civil" tiene algo de falso y de artificial. El sistema de los partidos no parece ya capaz de dar una respuesta verdaderamente adecuada a los nuevos problemas que se están presentando. El sistema representativo puesto en pie por el Estado del Bienestar utilizando la mediación y el compromiso institucionalizado de los partidos -en otros términos "el Estado de los partidos"- está definitivamente acabado. Es una mercancía que ya hay que adornar para poderla vender.

3 Representación superada y nueva comunicación

La decadencia del "espacio político" y la tendencia (¡qué avanzada está!) del mercado político actual a empantanarse en las duras "necesidades" de la gestión exigen soluciones de recambio, o más exactamente de sobredeterminación, y de la simulación de la representación.

La representación ya caduca pone su salvación -y con ella, la salud del Estado representante de los partidos- en manos de la "nueva comunicación". Si la representación política funciona en ausencia de todo fundamento sólido en la sociedad, este vacío debe ser cubierto por la hipermediatización de las luchas de fracción, por la dramatización de episodios y de manifestaciones contingentes, en suma por una verdadera sustitución de las dinámicas de la sociedad civil por un mundo ficticio. Vemos cómo se repite aquí un mecanismo bien conocido en la génesis de las sociedades democráticas: el paso de la representación democrática de masas a la producción de sus propios electores por los representantes. Lo que se obtenía en los primeros decenios del siglo pasado cuando se intentaba realizar una oposición a la representación revolucionaria y a las dinámicas de la democratización progresiva, por medio de la selección del electorado, por el censo, por el nivel cultural, se intenta obtener hoy por la manipulación mediática de la sociedad civil. Ciertamente, la nueva comunicación no es sólo manipulación; por el contrario, contiene fuertes potencialidades, capaces de evidenciar cómo se efectúa la circulación del poder en una sociedad compleja.

Pero justamente las formas de aparición y de presentación de esta nueva circulación están manipuladas para conseguir, a fin de cuentas, neutralizar al máximo de gente; en ese sentido, las maniobras constitucionales Siéyes o de Constant se emparentan con las operaciones sistémicas inspiradas en los Parsons y Luhmann. El poder quiere prefigurarse su base de representación: hoy, a las maniobras "espaciales" operadas sobre el cuerpo mismo de la sociedad, que habían sido practicadas hasta ahora por el viejo liberalismo, se

sustituyen las operaciones "temporales" del nuevo liberalismo, destinadas a dominar las dinámicas de la transformación, a simplificar la complejidad de lo que ocurre, aseptizando la realidad social. Así, la crisis de las identidades colectivas es llevada al céñit; el individualismo es predicado como valor supremo (en una sociedad productiva que, por el contrario, desarrolla en realidad niveles de cooperación cada vez más elevados) y los antagonismos son manipulados por mecanismos de compensación, que forman parte de la represión o de la ocultación de lo que son verdaderamente los hechos reales. La sociedad debe bailar según los ritmos del poder y toda disonancia, toda cacofonía deben ser reducidas al interior de una armonía cuyas reglas se inventan en cada momento. La pasividad en el consenso se convierte en el objetivo fundamental. Está pues claro que todos los conceptos antiguos de representación política que nos ha permitido conocer la larga historia de esta práctica constitucional están ya anticuados: ya se trate de la representación de los intereses de clase, a lo Montesquieu, o de la representación popular y de su transfiguración en la voluntad general, o de la representación democrática por los partidos, en suma, todos los modelos que daban del "espacio político" las imágenes de un "mercado político".

Hoy al "espacio político" reducido se le supone capaz de producir los acontecimientos, dinámicas políticas y por supuesto, consenso. Es, al menos, lo que se quiere hacer creer.

4Transformaciones sociales y nueva representación

Ahora bien, todos los movimientos de lucha reales surgen hoy en el exterior del "espacio político". Tienden a romper este "espacio" y las reglas que lo constituyen, ya sea en el terreno de las obligaciones económicas y de gestión, o en el de la neutralización mediática. Para intentar alcanzar este resultado, se repliegan sobre sí mismos, elaborando nuevos ritmos y nuevos modos de expresión. Se trata esencialmente del ejercicio de la democracia directa: un ejercicio que, en las luchas, exalta las prácticas fecundas de la cooperación y los ideales de igualdad. En estas luchas es donde se prefiguran más a menudo los nuevos proyectos de sociedad, en los que el componente radical-democrática tiene por tarea reconstituir la participación. Los ritmos de estos nuevos movimientos están marcados por la percepción aguda de que la transformación social se está acelerando y es posible hacer del acontecimiento democrático un momento catastrófico para las maquinarias represiva, sistémica y neutralizadora.

Ahí está la potencia de los nuevos movimientos, así como su debilidad. Una debilidad que reside en la incapacidad de inventar nuevas formas de representación política a partir de la experiencia de democracia directa, de concebir en el ejercicio de la democracia de base la construcción de nuevos instrumentos de poder. Son estos problemas los que deben ser

puestos hoy entre las prioridades del análisis político.

¿Por qué los movimientos de los países del Este, que tan eficazmente y con tanta fuerza han conseguido poner en crisis la estructura del “socialismo real”, no han conseguido inmediatamente (en esa fase revolucionaria) presentar y consolidar un nuevo modelo de democracia social y radical? ¿Por qué los movimientos anticapitalistas en Occidente a partir de los años '70, no han conseguido forjar un nuevo modelo de democracia social y radical, que constituía sin embargo, en filigrana, el elemento esencial de la práctica de esos movimientos? ¿Es porque tanto en un caso como en el otro, el Estado capitalista ha conseguido operar una reestructuración o una restauración de su orden?

La respuesta teórica a estos interrogantes no puede evitar que ocupe un lugar importante en el orden del día el problema de la definición de un nuevo concepto de representación institucionalizada. En efecto, sólo volviendo a proponer este tema puede discutirse nuevamente el problema de la fuerza política del movimiento democrático y social, como punto esencial e inevitable.

La crisis del movimiento sindical y de los partidos políticos lleva consigo la de la vieja concepción de la representación. ¿Existe la posibilidad de aprehender en el seno de los nuevos movimientos elementos embrionarios, pero operativos para desarrollar una nueva representación? Es evidente que para responder a estos problemas, es necesaria la mayor prudencia; no se pueden percibir por el momento sino fragmentos de respuesta. El primero se refiere al problema de la comunicación, que hay que considerar hoy, esencial para la constitución de los sujetos colectivos de la representación; el segundo, el tema de la “presión económica”, que está en la base de la representación del poder; el tercero, la temporalidad de la nueva representación.

5 Por un nuevo modelo de representación política

Cuando afrontamos el tema de la nueva representación, la verdadera dificultad es que el análisis de los movimientos nos sitúa inmediatamente ante problemas institucionales importantes. Los movimientos se caracterizan, en efecto, desde el punto de vista instituyente y constituyente, por una afirmación que ataca las propias bases del sistema actual: ser titular de su soberanía (incluso cuando se trata de fracciones del pueblo) no puede distinguirse del ejercicio de la soberanía.

Es inútil hacer como si esta dificultad no existiera: únicamente la hipocresía y un maquiavelismo de bajo nivel pueden comportarse así. Por otra parte, los propios movimientos se reducen a la impotencia y se vuelven incapaces de plantear el problema de su representación, precisamente silenciando el contenido radicalmente innovador del que son portadores.

El concepto actual de representación se funda pues en la distinción entre el hecho de ser titular del poder y su ejercicio. Si no queremos caer en

la utopía de una democracia directa, unilateral, ¿cómo se puede plantear el problema de la nueva representación como fuerza instituyente, de forma que pueda ser representación (y consiguientemente, tener una posibilidad de mediación y de creación de "espacio político") y, al mismo tiempo, instrumento de participación y de enraizamiento de masas?. Elementos de respuesta a estas cuestiones existen, ya lo hemos señalado, en los movimientos. En primer lugar en lo que concierne a la comunicación. Esta se ha convertido en un verdadero instrumento de formación de la subjetividad de los individuos. Tiene un poder y una importancia institucionales que están disimuladas por el mito de la libertad de expresión, de la prensa y de comunicación. Un primer objetivo implícito para los movimientos, es imponer a ese poder las reglas de la democracia formal y de la democracia de base. Mientras este problema no se resuelva, mientras la prensa y los medios de comunicación no hayan sido despojados de su monopolio sobre ese poder y sujetos a las simples reglas de la democracia formal, el tema de la nueva representación no tiene verdadero alcance. Nos encontramos aquí frente a un residuo arcaico del Estado de Derecho, a una libertad que se ha convertido en un poder sin que el Estado haga de ella un poder democrático. Los nuevos movimientos tienen que plantearse pues dos objetivos a la vez: la formalización de la libertad de expresión y actuar de forma que el pueblo sea un titular real de ese derecho.

El segundo elemento de discusión sobre la representación implícita en los movimientos sociales está constituido por la relación entre democracia representativa y la colocación de "presiones objetivas" fuera del alcance de las decisiones democráticas. Como hemos visto, este desplazamiento se ha convertido en el principal elemento de desarrollo de la rigidez de la representación de tipo antiguo y el principal elemento responsable de la falta de consistencia de los nuevos movimientos.

En el marco de una sociedad capitalista en el estadio de la madurez, la dinámica de las mutaciones sociales, la movilidad de sus componentes, gracias a la puesta bajo tutela de las masas populares, se convierte en parte de un poder fuerte. Una teoría de la nueva representación tiene que incluir una exigencia de ruptura, no de las necesidades objetivas sino de su modo de gestión, de su fetichización y de las prácticas de supresión de las alternativas que resultan de ello. La nueva representación tiene que situarse en el interior de una dinámica de evaluación de las necesidades y de reapertura permanente del problema de su compatibilidad con las necesidades y la cultura de los movimientos de masas.

Los métodos y los plazos de esta obra de destrucción de un poder exterior y hostil están también inscriptos, como fragmentos, en los nuevos movimientos. El poder debe ser reducido a un procedimiento democrático, en el curso del cual la representación podrá verificar permanentemente su propio enraizamiento popular, y podrá en consecuencia renovarse

permanentemente, según ritmos y métodos que no hacen referencia a las obligaciones y necesidades objetivas, sino a la inteligencia y a la participación de las masas de ciudadanos. Es increíble que en el momento en que los capitalistas invitan a los trabajadores a experiencias de gestión y de coparticipación en las fábricas automatizadas, el mercado político no consiga producir otra cosa que estructuras de poder cada vez más centralizadas. Pero esto puede también comprenderse, porque sólo una verticalización extrema del poder puede ser capaz de resistir a transformaciones sociales importantes.

Pero precisamente sobre estos problemas deben expresarse abiertamente los movimientos a partir de los elementos de que disponen. Sobre este terreno, un nuevo modo de representación y, en consecuencia, una nueva estructura institucional pueden comenzar a convertirse en formas de referencia democrática.

6 Hacia un nuevo espacio público

No puede haber nueva representación política si no hay puesta en cuestión del espacio político neutralizado y simultáneamente construcción de un espacio político auténticamente público, basado en intercambios múltiples, variados y en constante evolución. Para ello hace falta que las confrontaciones políticas dejen de actuar esencialmente de forma engañosa, como en el caso de la inmigración es decir, utilizando temores, angustias de sectores de la sociedad traumatizados por un cambio social desordenado e incontrolado. Al final de este camino, sólo puede estar la sustitución de un espacio patológico al espacio político atrofiado y neutralizado.

Por el contrario, hace falta que los intercambios políticos traten sobre actuaciones y dispositivos reales, y principalmente sobre el verdadero basamento material de la política, la organización y la circulación de los poderes en la sociedad. En otros términos, es preciso que el Estado como esfera gestionaria y político-administrativa sea obligado a hacer concesiones a los movimientos sociales: en particular, se vea obligado a consentir nuevos repartos de los poderes y a conceder nuevos espacios de debate (por ejemplo el nuclear, el desarme, las políticas urbanas, las políticas de formación, etc.). Para ir en ese sentido es preciso, evidentemente, superar el estadio del absentismo o de la deserción y utilizar abiertamente la crisis de representatividad de los partidos de izquierda influyendo en su vida interna, haciendo intervenir las reacciones de protesta en sus debates. Esto debería permitir oponer a la representación-delegación y a las máquinas electorales una idea de representación política apoyada en formas múltiples de participación y de asociación (desde comités de barrios hasta los partidos, pasando por las iniciativas de ciudadanos). Hay que arrancar permanentemente a los partidos dominantes y a la esfera político-administrativa decisiones que los desequilibren e impidan su inmovilismo o la simple gestión al servicio del capital.